

# **LA INVASIÓN DE PLAYA GIRÓN\***

Juan Bosch

[Política: Teoría y Acción, Año 4, No. 37, abril de 1983]

Al comenzar el año de 1960, el Gobierno de los Estados Unidos había resuelto que el Gobierno de Fidel Castro debía ser derrocado siguiendo el mismo método que sirvió para derrocar al de Arbenz en Guatemala. Para el mes de marzo la CIA, que estaba dirigida todavía por Allen Dulles, había elaborado un plan de acción, que el Presidente Eisenhower aprobó el día 17 de ese mes. El plan consistía en adiestrar en guerra de guerrillas a unos 400 cubanos que serían llevados a Cuba con equipos militares y de comunicaciones modernas con el propósito de que formaran un núcleo central al cual debían unirse las pequeñas guerrillas antifidelistas que estaban operando en esos días en la zona montañosa del Escambray, situada hacia el sur de la provincia de Las Villas, en el centro de la isla.

Los 400 cubanos se reclutaron rápidamente entre los que habían huido de Cuba y comenzaron a ser adiestrados en tiro, uso de explosivos y manejo de comunicaciones; las practicas se hacían en varios lugares de los Estados Unidos, a veces hasta en habitaciones de hoteles de Miami. Pero al comenzar el mes de abril se vio que era necesario aleccionar a esos hombres en operaciones militares, para lo cual hacía falta un territorio amplio y seguro. Fue entonces cuando la CIA se movilizó para encontrar ese territorio fuera de los Estados Unidos.

#### *La CIA organizó la conspiración*

El lugar ideal resultó ser Guatemala. El embajador guatemalteco en Washington era hermano de Roberto Alejos, rico propietario de fincas de café y de caña que estaban lo bastante aisladas para que pudiera establecerse en una de ellas un campamento de exiliados cubanos sin despertar sospechas; además, Roberto Alejos era el amigo más influyente de Manuel Ydígoras Fuentes, que había llegado a ser Presidente de la república entre varias razones, gracias a la colaboración que le dio a Castillo Armas en junio de 1954.

Agentes de la CIA visitaron la finca Helvetia, una de las de Alejos, situada en las vecindades de Retalhuleu, al sudoeste del lago Atitlán, precisamente en la misma zona donde Alvarado había ganado en 1523 la batalla de Salamá contra los indios maya-quichés que mandaba Tecún Umán. El lugar les pareció apropiado para lo que ellos buscaban, de manera que Robert Kendall Davis, secretario de la embajada norteamericana en Guatemala, habló con Alejos, le propuso que facilitara la Helvetia para campamento de cubanos antifidelistas, Alejos aceptó y

él y Davis se entrevistaron con Ydígoras Fuentes, que aprobó el plan. Inmediatamente después, la CIA comenzó a poner la finca Helvetia en condiciones de recibir a los cubanos y éstos empezaron a llegar en el mes de mayo.

Al mismo tiempo que trabajaba en Guatemala, la CIA organizaba en los Estados Unidos las estructuras políticas que debían darle al plan la apariencia de que el ataque a Cuba era un problema estrictamente cubano. La organización fue montada a base de los grupos de exiliados que vivían en los Estados Unidos, principalmente en Miami. Cinco de esos grupos fueron unidos en un llamado “frente” y en él figuraban como líderes un ex-ministro de relaciones exteriores y un expresidente de un banco del Estado cubano, que habían desempeñado esas funciones antes de 1952, el jefe del pequeño movimiento demócrata cristiano cubano y un excompañero de Fidel Castro. Todos los gastos de reclutamiento y movilización de los hombres que estaban siendo enviados a Guatemala eran pagados por ese frente con dinero que facilitaba la CIA; de ese dinero se pagaba, además, la suma mensual que recibía cada familia cubana que tenía miembros en el campamento de Helvetia. Poco tiempo después el llamado frente quedó convertido en el Consejo Revolucionario Cubano, presidido por el doctor José Miró Cardona, que fue primer ministro del régimen de Fidel Castro en los meses de enero y febrero de 1959.

A medida que avanzaba el tiempo las pequeñas guerrillas cubanas que operaban en el Escambray iban perdiendo terreno, a pesar de los esfuerzos que hacía la CIA para abastecerlas de armas, municiones, equipos de comunicación y medicinas, de manera que fue necesario cambiar los planes para adaptarlos a una expedición más grande, lo que requería aumentar el número de hombres que debían ser adiestrados en Guatemala. Parte de la ampliación de los planes fue el envío de un grupo a la base de Vieques, en Puerto Rico, a fin de prepararlo como hombres-ranas; además, se construyeron más instalaciones de todo tipo en Retalhuleu y se establecieron dos campamentos más, uno al sur de Retalhuleu, en la costa del Pacífico, y otro al este, en San José, donde Alejos tenía una finca de caña. En el campamento de la costa del Pacífico se hacían prácticas de desembarco y en Retalhuleu se construyeron varios caminos y un aeropuerto a un costo superior a 1,200,000 dólares; y, por último, se construyeron también un

pequeño aeropuerto y varios barracones en Sayaxché, en pleno centro de la provincia de Petén, antigua tierra de los mayas-quichés, adonde eran llevados, y se mantenían incomunicados, los cubanos que se indisciplinaban en Helvetia y San José. De los hombres aislados en Sayaxché, a ninguno se le permitió salir de allí sino después que el plan terminó con el desastre de Playa Girón. Todos los cubanos que iban a Guatemala salían de Florida por la vía aérea, y aunque se usaron varios aeropuertos para ese fin, el más usado fue el de Opa-locka, en Miami.

Fidel Castro tenía una información completa y al día de todos esos movimientos, y cuando estuvo en las Naciones Unidas, en el mes de septiembre de 1960, pronunció ante la Asamblea General de la organización mundial un largo discurso en el cual menudeaban las advertencias a Norteamérica para que no llevara adelante sus planes. Es incomprensible cómo los analistas de la CIA, del departamento de Estado y del Pentágono no alcanzaron a comprender el significado de muchos párrafos del discurso de Fidel Castro. Pero Raúl Roa, el ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, iba a ser más explícito aún, cuando hablando ante la ONU unos días después —el 7 de octubre— dijo que a Guatemala estaban llegando constantemente “aventureros y mercenarios de toda laya contratados por agentes contra-revolucionarios cubanos y norteamericanos”; que en “la finca Helvetia, ubicada en el municipio de El Palmar, colindante con los departamentos de Retalhuleu y Quetzaltenango... están recibiendo entrenamiento especial numerosos exiliados y aventureros”, que el “aeródromo de... Retalhuleu ha sido acondicionado precipitadamente por ingenieros norteamericanos para facilitar el aterrizaje y despegue de aviones pesados y de propulsión a chorro”. En la denuncia de Roa había más detalles, todos veraces, a pesar de lo cual la CIA, con la aprobación del Presidente Eisenhower, siguió sus trabajos sin hacer el menor esfuerzo por encubrirlos mejor, y, hasta donde se sepa, sin que tratara de descubrir la fuente de las informaciones que tenía en su poder el Gobierno de Cuba.

Durante lo que restaba del mes de octubre Roa siguió denunciando el plan militar norteamericano y también las medidas políticas que debían complementarlo. Así, además de informar ante la ONU que los Estados Unidos estaban enviando aviones a lanzar equipos, medicinas y alimentos a las guerrillas del Escambray, anunció que la solicitud de que la Organización de los Estados Americanos

expulsara de su seno al Gobierno cubano y la intención del Presidente Eisenhower de romper relaciones con Cuba eran medidas que debían “preceder al inicio de las operaciones militares” contra Cuba. Y, efectivamente, era así. El día 18 de noviembre, John F. Kennedy, que había sido elegido poco antes Presidente de los Estados Unidos, fue informado por el Presidente Eisenhower de todo el plan. El 31 de diciembre, Roa envió al Presidente del Consejo de Seguridad de la ONU una carta en la que afirmaba que la agresión a Cuba era inminente. Fidel Castro, que estaba esperando su agresión, pidió al Gobierno norteamericano que redujera su personal diplomático en Cuba al mismo número que el que Cuba tenía en los Estados Unidos. Esa era una medida defensiva, pues la lección de Guatemala estaba viva aún, y Fidel Castro no podía ignorarla; una misión diplomática norteamericana numerosa podía hacer en la isla el mismo papel que había hecho la que se hallaba en Guatemala en 1954. La respuesta de Eisenhower fue romper las relaciones con Cuba.

#### *Kennedy, la CIA y el Departamento de Estado*

Todo parecía listo, pues, para que sobre Cuba cayera el ataque organizado desde Washington. Pero al comenzar el mes de enero, el Gobierno cubano, que esperaba el golpe en cualquier momento, jugó una carta que desconcertó a los Estados Unidos: en una ofensiva relampagueante aniquiló los restos de guerrillas del Escambray y al finalizar el mes toda la región estaba libre de guerrilleros, con lo que el plan norteamericano quedó automáticamente convertido en anticuado y tenía que ser cambiado totalmente; pero ya John F. Kennedy había tomado posesión de la presidencia del país y los nuevos planes necesitaban su aprobación. Lo que decidieron Kennedy, la CIA, el Departamento de Estado y los jefes militares fue aumentar el número de los cubanos que debían participar en la acción y convertir ésta en una expedición tan poderosa como fuera posible, que tuviera capacidad para tomar y retener una parte del territorio cubano adonde sería enviado el Consejo Revolucionario; éste sería reconocido por el Gobierno de Norteamérica tan pronto llegara a Cuba y comenzaría a ser abastecido inmediatamente con toda la ayuda militar, económica y política que hiciera falta.

Los nuevos planes significaban cambios importantes en la estrategia y en la táctica. Así, se invitó a colaborar en el plan al Gobierno de Nicaragua, encabezado por Luis Somoza, hijo del hombre que había dado muerte a Sandino.

Somoza se comprometió a dar la base aérea y marítima para la salida de la expedición y para los bombardeos que se harían sobre algunos puntos de Cuba. Kennedy consultó al Estado Mayor Conjunto acerca de los cambios en los planes y pidió que se señalara cuál era el lugar apropiado para que la expedición desembarcara en Cuba. El Estado Mayor Conjunto decidió que el sitio para el ataque debía ser Trinidad, una ciudad de las más antiguas de la isla, situada en la costa del sur, en el centro de la provincia de Las Villas. Sobre la base del ataque por Trinidad se pasó a trabajar febrilmente para enviar a Guatemala a todos los cubanos que se ofrecieron a luchar, y los puntos de reclutamiento en Miami pasaron a ser públicos; se organizó una flota aérea de 24 bombarderos B-26 y 12 transportes, 6 de ellos C-54 y 6 C-46 y se obtuvieron 6 barcos de una compañía cubana que operaba entre La Habana y algunos puertos norteamericanos de la costa del Este y del golfo de Méjico.

#### *Punto de partida*

Para mediados de marzo, y a un costo de cerca de 200 millones de dólares, la CIA disponía de seis batallones de infantería una compañía de paracaidistas, un grupo numeroso de aviadores y otro de hombres ranas, todos cubanos, magníficamente adiestrados por norteamericanos, y contaba con una base naval y un aeropuerto en Puerto Cabezas, Nicaragua. La invasión de Cuba se hallaba lista, pues, pero antes de lanzarla se necesitaba la aprobación del Presidente Kennedy. Kennedy hizo un cambio; en vez de Trinidad, el lugar de desembarco de la expedición sería Bahía de Cochinos, porque ahí no habría población civil que peligrara en caso de que hubiera que combatir, lo que indica que Kennedy no tenía la menor idea de que en Cuba estaba desarrollándose una revolución social profunda, por la cual iban a combatir miles y miles de hombres y mujeres, y, según enseña la Historia, las revoluciones sociales no se detienen a tiros; al contrario, los ataques las hacen más radicales. Por su parte, la CIA había propuesto Bahía de Cochinos como el punto de desembarque de la expedición porque la única vía de comunicación de ese lugar con el interior de la isla podía ser bloqueada fácilmente con paracaidistas, lo que aseguraba que los expedicionarios serían puestos en tierra sin dificultades, dado que en los planes estaba prevista la destrucción de la fuerza aérea cubana antes de que se iniciara el ataque.

Cuando se tenía terminado el aspecto militar del plan, se procedió a terminar también los aspectos políticos. El día 22 de marzo (1961), el Consejo Revolucionario fue presentado a la prensa de New York. De esa tarea se encargó Lem Jones, agente de publicidad que había sido contratado por la CIA desde agosto de 1960 para manejar la propaganda de la operación. El día 3 de abril, el departamento de Estado dio a la publicidad un Libro Blanco lleno de acusaciones contra el Gobierno cubano. Militar, diplomática y políticamente, pues, los poderosos Estados Unidos, violando los pactos interamericanos y sus propias leyes de neutralidad, estaban preparados para atacar el territorio cubano.

El día 4 (abril), Kennedy tuvo una reunión con sus consejeros, los altos funcionarios del departamento de Estado y el senador Fullbright, presidente del comité de Relaciones Exteriores del Senado. En esa reunión se aprobó el ataque a Cuba con la única opinión contraria de Fullbright. El día 8, desde su sede en New York, el Consejo Revolucionario hizo un llamamiento a los habitantes de la isla para que se levantaran contra el régimen de Fidel Castro. En ese momento los 1,300 cubanos que estaban en Guatemala eran trasladados por aire a Puerto Cabezas, cuyo nombre en el código pasó a ser Valle Feliz, pero en inglés –Happy Valley–. Así, el Presidente Kennedy, que hablaba a menudo con tanta energía contra los tiranos de América, se aliaba a los Somoza, una dinastía que asentaba su poder sobre la sangre de Sandino y de miles de nicaragüenses.

El día 11, el almirante Arleigh Burke, jefe de operaciones navales de la marina norteamericana, ordenó que buques de la flota del Atlántico salieran en dirección al extremo occidental de Cuba, donde debían estacionarse, aunque sin entrar en sus aguas. Con esas unidades iba un batallón de infantería de marina sacado de Vieques, Puerto Rico. Dos destructores saldrían desde Puerto Cabezas para escoltar los barcos de la expedición, que salió ese día 11 hacia Bahía de Cochinos. El día 12, el Presidente Kennedy hizo su conocida declaración: En una conferencia de prensa, un periodista adiestrado para el caso lo interrogó de tal manera que él pudo responder:

“Antes que nada, quiero decir que no habrá, bajo ninguna condición, una intervención en Cuba hecha por las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Este Gobierno hará lo que pueda, y pienso que él pueda cumplir sus obligaciones, para asegurar que no haya norteamericanos envueltos en ninguna acción dentro de Cuba”.

Como se advierte, las palabras estaban cuidadosamente escogidas, pues era cierto que no había norteamericanos “envueltos en ninguna acción dentro de Cuba”, pero los había, y numerosos, fuera de Cuba; por otra parte, pronto iba a haberlos también dentro de la isla.

### *El caso del aviador Carlos Zúñiga*

Al amanecer del día 15, el piloto Mario Zúñiga salía de Puerto Cabezas en un B-26 que llevaba en la nariz el número 933 y en la cola las siglas FAR, pues como todos los aviones de guerra y de transporte de la expedición, había sido pintado para que pareciera un avión cubano. Antes de levantar vuelo en Puerto Cabezas, al FAR 933 se le hicieron unos cuantos disparos de ametralladora. ¿Para qué? Para que el piloto Mario Zúñiga pudiera hacer una historia detallada de sus aventuras cuando llegara a Miami. Pues ese avión no iba a atacar ningún punto cubano; iba a Miami, en cuyo aeropuerto aterrizó a las 8:21 de la mañana. Llevado a las oficinas de Inmigración, Zúñiga salió de allí cuatro horas después. El jefe de los inspectores de Inmigración declaró a los periodistas que se les permitiría tomar fotografías del avión y, desde luego, de los agujeros que se veían en su fuselaje, pero que no podrían hablar con el piloto, cuyo nombre no se daría a la publicidad para evitar que el Gobierno de Fidel Castro tomara represalias contra su familia, que se hallaba en Cuba. La familia Zúñiga –su mujer, Georgina, y sus hijos, Eduardo, Enrique, Beatriz y María Cristina– vivían a muy corta distancia del aeropuerto, en South West 20th Avenue, Miami, y él había salido de esa dirección para unirse a los cubanos que se adiestraban en Guatemala, y el jefe de los inspectores de Inmigración sabía todo eso, y sabía que Zúñiga no había declarado nada durante las cuatro horas que estuvo aparentemente sometido a interrogatorios. Por lo demás, desde el aeropuerto de Miami el piloto cubano fue llevado ese mismo día a otro aeropuerto de Florida desde el cual voló a Puerto Cabezas, adonde llegó el día 16 para sumar-se el 17 a los aviones que iban a bombardear el territorio cubano en Bahía de Cochinos.

Ahora bien, el día 16, mientras él volaba hacia Puerto Cabezas, aparecieron en la prensa norteamericana las supuestas declaraciones que Zúñiga había hecho a los inspectores de Inmigración de Miami. Según esas declaraciones, él y otros pilotos de la fuerza aérea cubana habían planeado huir de Cuba, pero tuvieron sospechas de que uno de ellos había denunciado el plan, razón por la cuál él –Zúñiga–, que había levantado vuelo en la base de San Antonio de los Baños para cumplir su



misión regular, había resuelto ametrallar el avión del compañero traidor mientras éste se hallaba en tierra y al mismo tiempo ametralló otros aviones estacionados en la base. Para que la historia pareciera más verídica, en las supuestas declaraciones de Zúñiga aparecían el nombre del piloto traidor y el número de su avión, y aparecía también esa noticia sensacional: otros compañeros suyos habían atacado a la misma hora el aeropuerto de Santiago de Cuba y el del campamento Libertad –antigo Columbia– en La Habana. En cuanto a los agujeros de ametralladoras que tenía su avión, éstos le habían sido hechos cuando ametrallaba la base de San Antonio de los Baños en vuelo rasante. Fue a causa de esos impactos, dijo, y de que estaba quedándose sin gasolina, que él, Mario Zúñiga, piloto de la fuerza aérea cubana, había decidido llegar a Miami.

Efectivamente, La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba habían sido atacados desde el aire, pero no por tres aviones del Gobierno cubano, sino por tres escuadrillas de B-26 que habían salido de Puerto Cabezas. De la escuadrilla que atacó La Habana, un avión fue derribado y otro tuvo que aterrizar en Key West –Cayo Hueso–, Florida; de la que atacó San Antonio de los Baños, uno aterrizó en Cayo Caimán, posesión inglesa situada al sur de Cuba. El día 16, los pilotos del B-26 que aterrizó en Key West fueron despachados, junto con Mario Zúñiga, hacia Puerto Cabezas.

Esos ataques a las bases aéreas de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba tenían la finalidad de destruir en tierra el mayor número de aviones cubanos para que los barcos de la expedición, que habían salido de Puerto Cabezas cuatro días antes, no hallaran oposición aérea en Bahía de Cochinos. Los altos jefes de la CIA y del Estado Mayor Conjunto creían que si la expedición podía desembarcar sin obstáculos podría tomar y dominar rápidamente un territorio lo suficientemente grande para poder establecer una cabeza de puente por la cual recibiría toda la ayuda que podían proporcionar los Estados Unidos. La operación estaba calculada en términos de fuerzas militares, no de fuerzas políticas, y se olvidó que la revolución de Cuba era un fenómeno político que tenía sus raíces en los cuatrocientos setenta años de historia del Caribe y en los noventa y tantos que llevaba el pueblo cubano luchando por su independencia. Los líderes cubanos, en cambio, tenían bien presente el aspecto político del problema, y tan pronto como se produjeron los bombardeos del día 15, Fidel y Raúl Castro y Che Guevara se dirigieron por radio al país

denunciando la agresión y acusando a los Estados Unidos de haberla organizado y dirigido, cosa que sabían a fondo porque tenían información correcta de cada paso que daba la CIA; pero, al mismo tiempo, pusieron en acción los comités de vigilancia de toda la isla, que estaban preparados para actuar a la primera orden, y al cerrar el día no había en Cuba un hombre o una mujer sospechoso de hallarse a disgusto con el régimen que no estuviera detenido. Cualquiera que fuese el poder de la fuerza atacante, ni una persona se pondría de su lado, y sin ayuda popular no hay movimiento que tenga posibilidades de triunfar. Políticamente, pues, el plan norteamericano se hallaba sin sustento desde el mismo día 15 de abril.

*Raúl Roa denuncia agresión de EE. UU.*

Ese día el ministro Roa decía ante la asamblea general de las Naciones Unidas:

“Acabo de recibir instrucciones del Presidente de la república, doctor Osvaldo Dorticós, y del primer ministro del Gobierno revolucionario, doctor Fidel Castro, de denunciar a la asamblea general de las Naciones Unidas que esta mañana, a las 6:30, la ciudad de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba han sido simultáneamente bombardeadas por aviones B-26 de fabricación norteamericana y procedentes de bases enclavadas en territorio norteamericano y en países centroamericanos, satélites del Gobierno de los Estados Unidos”.

El día 16, en respuesta a las declaraciones de Adlai Stevenson, embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, que alegaba que los bombardeos del territorio cubano habían sido hechos por pilotos que se habían rebelado contra el Gobierno revolucionario –y presentaba como prueba la fotografía del B-26 de Mario Zúñiga y las supuestas declaraciones del aviador cubano–, Fidel Castro respondía desde Cuba, al pronunciar un discurso en el entierro de las víctimas del bombardeo a La Habana:

“¿Quiere el señor Presidente de los Estados Unidos que nadie tenga derecho a llamarlo mentiroso? ¡Presente ante las Naciones Unidas los pilotos y los aviones que dice!., al Gobierno imperialista de los Estados Unidos no le quedará más remedio que confesar que los aviones eran suyos, que las bombas eran suyas, que las balas eran suyas, que los mercenarios fueron organizados, entrenados y pagados por él, que las bases estaban en Guatemala y que de allí partieron a

atacar nuestro territorio, y que los que no fueron derribados fueron allí a salvarse en las costas de los Estados Unidos, donde han recibido albergue”.

Todas y cada una de las palabras de Raúl Roa y de Fidel Castro eran verdad; en cambio, todas y cada una de las palabras que decían los funcionarios norteamericanos, desde Adlai Stevenson hacia abajo, eran mentira, lo que demuestra que el Gobierno de los Estados Unidos actuaba a conciencia de que estaba violando principios y leyes. A partir de entonces, el Presidente Kennedy se referiría a Stevenson en privado llamándole “mi mentiroso oficial”.

En el aspecto político de la lucha que habían desatado los Estados Unidos la situación iba a hacer crisis ese mismo día. Atacado por el poder más grande de la tierra, Fidel Castro no podía olvidar que su país era pequeño, que en esa hora trágica Cuba necesitaba situarse en un campo, de los dos en que se hallaba dividido el mundo, y que no podía escoger el campo de los que le atacaban. Así, en el discurso en que pedía que el Gobierno de los Estados Unidos presentara ante las Naciones Unidas a los pilotos que habían bombardeado el territorio cubano, para probar de manera categórica que eran aviadores cubanos rebelados contra su Gobierno, dijo estas palabras, que iban a iniciar una época nueva en la historia del Caribe y de las dos Américas:

“Eso es lo que no pueden perdonamos, que estamos ahí, en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos! ¡Y que esa revolución socialista la defendemos con esos fusiles! ¡Y que esa revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros aéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores!... Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”.

Y para terminar, en la lista de los “¡Viva la clase obrera!” y “¡Vivan los campesinos!” apareció un “¡Viva la revolución socialista!”.

La bien planeada agresión del Gobierno de los Estados Unidos, ordenada por los Presidentes Eisenhower y Kennedy, había lanzado a Cuba al campo socialista. El ataque aéreo a La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba había tenido el mismo efecto que el de ingleses y españoles a Haití en 1793. El 16 de abril de 1961, Fidel Castro había actuado como lo había hecho Sonthonax el 29 de agosto de aquel año, cuando decretó la libertad de los esclavos haitianos. La

historia del Caribe tenía una coherencia; seguía una ley que se hallaba inscrita en lo más profundo de sus raíces. Región del mundo americano modelada por la violencia que la había convertido en una frontera imperial, su única manera de avanzar hacia un destino mejor era respondiendo a la escalada de la agresión con la escalada de la revolución; y para librarse de la opresión norteamericana, el camino de la revolución cubana era el del socialismo. Fidel Castro no tenía opción; o escogía el socialismo o escogía la destrucción de su obra y con ella el deshonor. Violencia tras violencia, Cuba había sido llevada a ese punto, y con Cuba iría más temprano o más tarde el Caribe.

### *La CIA dictaba los comunicados*

Al llegar a New York la noticia de que La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba habían sido bombardeados desde el aire –si bien a New York llegó sólo la versión atribuida a Zúñiga, o lo que es decir, la de la CIA–, Miró Cardona, el presidente del Consejo Revolucionario, hizo declaraciones a la prensa en las que afirmaba que “El Consejo había estado en contacto y había estimulado a esos bravos pilotos” de la fuerza aérea de Cuba para iniciar la rebelión contra el Gobierno de Fidel Castro. Esa salida de Miró Cardona al ruedo de la opinión pública no fue consultada a la CIA, cuyos jefes temieron que los miembros del Consejo Revolucionario pudieran irseles de las manos en cualquier momento. Rápidamente, la CIA tome sus medidas, y el día 16 todos los componentes del Consejo fueron llevados a Filadelfia, de donde se les trasladó por avión a Opa-locka, en Florida; al llegar a Opa-locka fueron conducidos a una barraca en la que estuvieron varios días sin más comunicación con el exterior que un aparato de radio a través del cual oían las noticias norteamericanas sobre lo que estaba sucediendo en Cuba y los comunicados que a nombre de ellos hacía en New York el agente de publicidad Lem Jones. Por su parte, los comunicados que Lem Jones entregaba a la prensa le eran dictados por teléfono desde el cuartel general de la CIA. El primero, denominado Boletín número 1, comenzaba diciendo: “La siguiente declaración nos ha sido hecha esta mañana por el doctor José Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario Cubano: Antes del amanecer, patriotas cubanos en las ciudades y en las montañas comenzaron la batalla por la libertad de nuestra patria”. Estaba fechado el 17 de abril, es decir, un día después de haber sido sacado de New York el doctor Miró Cardona.

Efectivamente, al amanecer de ese día había comenzado en Cuba la lucha organizada por el Gobierno de los Estados Unidos; y el propio Fidel Castro había dado a través de la radio el primer comunicado de los varios que iba a dar su Gobierno; en él decía: “Tropas de desembarco, por mar y por aire, están atacando varios puntos del territorio nacional al sur de la provincia de Las Villas”. Fidel Castro, y con él su Gobierno, estaban siguiendo el método de decirle al pueblo la verdad, pues era verdad que había habido desembarcos por mar, desde los buques expedicionarios, y por aire, desde los aviones de transporte que lanzaron unos 200 paracaidistas, cuyo papel era tomar las vías de acceso a Bahía de Cochinos.

### *El método de la mentira*

Pero el Gobierno de los Estados Unidos seguía también el método que había adoptado desde que en marzo de 1960 el Presidente Eisenhower había ordenado la organización del ataque a Cuba; era el método de la mentira. Al mismo tiempo que Fidel Castro daba en Cuba su primer comunicado de guerra, se le enviaba a la prensa de New York el boletín que supuestamente había elaborado el doctor Miró Cardona; Radio Swan, una estación que tenía la CIA en las islas Swan, situada en un islote que se halla en el Caribe, exactamente al sur del extremo occidental de Cuba, afirmaba que en la isla se había producido “un levantamiento general en larga escala” y que las milicias “en las cuales había puesto Castro su confianza parecían estar en estado de pánico”; la Associated Press enviaba a todos los periódicos del mundo que le compraban servicios los siguientes cables:

“José Miró Cardona y Antonio de Verona están en ruta a Cuba y desembarcarán allí tan pronto como las tropas rebeldes establezcan una cabecera de puente”; “La isla de Pinos fue tomada por los rebeldes y 10,000 prisioneros políticos fueron puestos en libertad y se plegaron a la rebelión”; “Una fuerza invasora desembarcó en Baracoa, en la costa oriental de Cuba”; “Fuerzas invasoras han llegado a la carretera principal de Cuba, con el objeto de cortar la isla en dos”; “Mil soldados del ex-Presidente Carlos Prío desembarcaron en la provincia de Oriente”. Por su parte, la United Press International enviaba a sus clientes otras informaciones: “Se tienen informes de que se lucha en las calles de La Habana”; “Las fuerzas invasoras han ocupado la ciudad de Pinar del Río”; “Fuerzas rebeldes que operan en el interior de Cuba dieron muerte a la escolta militar del primer ministro Fidel Castro, que salió ileso del atentado”.

La verdad era la que había dicho Fidel Castro, aunque el primer ministro cubano la había exagerado al afirmar que el país había sido atacado “en varios puntos del territorio nacional al sur de la provincia de Las Villas”, pues el ataque estaba produciéndose en un solo punto, que era Bahía de Cochinos. Esa bahía es como una abra amplia, de forma cónica, con el cono situado hacia el norte. En el lado occidental de la bahía está Playa Larga, comunicada a través de veredas con la Ciénaga en Zapata y a través de una corta carretera con Playa Girón que ocupa la parte central de la bahía. En Playa Girón había un pequeño aeropuerto y desde allí salía un camino carretero que unía el lugar al centro de la provincia de Matanzas a través de la zona azucarera de Jagüey Grande y Pedro Betancourt.

### *La batalla de Cuba*

Hasta la hora de escribir este libro no se ha dado una descripción de la batalla de Cuba que permita al lector conocer cómo se desarrolló, a pesar de que el propio Fidel Castro ha explicado muchas veces su proceso, pero en conversaciones que no se han hecho públicas en detalle. Sin embargo, es posible dar una idea del curso de la lucha, que duró tres días.

La acción comenzó a las dos de la mañana del día 17, cuando los barcos expedicionarios llegaron frente a Playa Girón y comenzaron a desembarcar hombres. A las seis de la mañana los aviones de transporte de los atacantes empezaron a lanzar paracaidistas detrás de Playa Girón a fin de tomar control de San Blas, situada en el camino que unía la playa con el centro de la provincia de Matanzas; a esa misma hora los B-26 iniciaban la acción aérea con cohetes, bombas y fuego de ametralladoras en las cercanías de Playa Girón, lo que quiere decir que la operación estaba llevándose a cabo con una apropiada cobertura aérea y prácticamente sin ninguna dificultad. Al salir el sol sobre Bahía de Cochinos ese día 17 de abril, las previsiones norteamericanas iban cumpliéndose cabalmente. Faltaba saber cuáles eran las previsiones de Fidel Castro.

Fidel Castro, cuyas fuerzas en toda la isla se hallaban en estado de alerta desde hacia tres días, comenzó a mover sus milicias hacia el lugar del desembarco tan pronto estuvo seguro de que el ataque se llevaba a cabo sólo en la costa sur de Las Villas; y mientras tanto su aviación, situada en San Antonio de los Baños, a poco más de doscientos kilómetros de Bahía de Cochinos, empezó a operar con tanta efectividad que a las nueve de la mañana había logrado hundir el barco

Houston, en el que los atacantes tenían concentrados sus repuestos de municiones y de armas. A esa hora, las milicias cubanas avanzaban desde varios puntos para reconcentrarse en Jagüey Grande y en sus alrededores. El contraataque cubano iba a comenzar rápidamente.

Ese día los cables de la Associated Press llevaban a todo el mundo estas informaciones:

“Fuerzas anticastristas invadieron hoy Cuba por tres puntos y la principal ciudad en el extremo oriental de Cuba, Santiago, puede estar ya en manos de los invasores. Los milicianos de Castro ya han desertado y la batalla decisiva se realizará dentro de unas horas”; “Los desembarcos de Oriente parecen haber encontrado poca resistencia. En la región de Matanzas se realiza ahora un intento de juntar las varias ramas (sic) del asalto en un solo y potente grupo que pueda cortar la carretera que corre de oeste al este, para luego lanzar una ofensiva final hacia La Habana”; “Los invasores desembarcaron en cuatro de las seis provincias de Cuba, no haciéndolo únicamente en la provincia de La Habana ni en la de Camagüey”; “Se tienen informaciones de que se lucha en las calles de La Habana”.

Por su parte, la United Press International era más entusiasta y cablegrafiaba: “El primer ministro Fidel Castro se ha dado a la fuga y su hermano Raúl fue capturado. El general Lázaro Cárdenas gestiona el asilo político de Fidel”.

En Cuba la situación estaba bajo control desde ese mismo día y la batalla de Playa Girón –que es el nombre que se le da en Cuba– iba desarrollándose de manera más normal que lo que seguramente habían esperado Fidel Castro y sus compañeros del Gobierno revolucionario. En un sentido estrictamente militar, era la batalla más importante que se había dado en el Caribe desde el punto de vista de las armas que se usaban en ella, todas modernas, y en ese terreno el Gobierno cubano se hallaba en condiciones de inferioridad, puesto que su fuerza aérea era más pequeña que la que tenían los atacantes; pero en el sentido político Playa Girón fue tan importante como la segunda batalla de Carabobo. Con ella se cerraba una época y comenzaba otra.

Al terminar el día 17 se hallaban bloqueadas las vías de acceso hacia el interior de Cuba; el día 18 los atacantes estaban cayendo en cercos, por grupos aislados, y cualquier observador podía darse cuenta de que tenían la batalla perdida. Sin

embargo, la United Press International enviaba ese día a sus clientes los siguientes despachos:

“El lujoso hotel Habana Libre, en la capital cubana, quedó totalmente destrozado después de un ataque aéreo a La Habana”; “Fuerzas invasoras aislaron hoy el puerto de Bayamo en la costa sur de la provincia de Oriente”.

Bayamo está a más de cincuenta kilómetros de la costa del Caribe, pero los redactores del cable no se tomaron el trabajo de ver un mapa de Cuba antes de escribirlo. Por su parte, la Associated Press informaba:

“Agricultores, obreros y milicias se unen a los invasores y acuden a la zona ya liberada que se expande rápidamente”; “La fuerza invasora en la costa sur de Las Villas ha avanzado hasta la región de Colón, una ciudad de la provincia de Matanzas”.

Al anoecer de ese día los invasores de Playa Girón eran impotentes para romper el cerco de las milicias cubanas. Esa misma noche el Presidente Kennedy abandonó por algún tiempo una fiesta que daba en la Casa Blanca y se reunió con los altos jefes de la CIA, los de la aviación y la marina y el del Estado Mayor Conjunto. La situación en Playa Girón era desesperada y esos altos jefes habían resuelto pedirle al Presidente medidas que pudieran transformarla. De las proposiciones que se le hicieron, Kennedy adoptó una: que 6 aviones a chorro de la Marina norteamericana protegieran a los bombarderos B-26 que debían volar de Puerto Cabezas para estar sobre Playa Girón a las seis de la mañana del día 19. Lo que había asegurado siete días antes –“Este Gobierno hará todo lo que pueda... para que no haya norteamericanos envueltos en ninguna acción dentro de Cuba”– quedaba, pues, sin efecto, dado que al proteger a los B-26 que atacarían territorio cubano, esos aviones a chorro de la marina de guerra de los Estados Unidos tendrían que actuar necesariamente dentro de Cuba. Se ha dicho a menudo –y los partidarios norteamericanos de la intervención en Cuba se lo han achacado como si fuera un delito– que Kennedy se opuso a que se usara fuerza militar norteamericana en esa ocasión. Pero se trata de una verdad a medias, puesto que los jets de la marina eran parte de la fuerza militar del país. Es cierto que las instrucciones de Kennedy fueron que los pilotos de esos jets hicieran fuego a los aviones cubanos sólo en caso de que éstos los atacaran, pero nadie puede poner en duda que si un avión norteamericano hubiera sido



derribado ese día, los Estados Unidos habrían lanzado sobre la isla todo su poderío armado.

Lo que evitó que eso sucediera no fue una decisión del Presidente Kennedy; fue un error, de esos inexplicables que se dan en las horas críticas de la Historia. La orden de que los jets de la marina volaran sobre Playa Girón para proteger a los B-26 que llegarían a ese punto a las seis de la mañana del día 19 fue transmitida desde el Pentágono por el almirante Burke en persona al portaviones Essex, que se hallaba a corta distancia de las costas de Cuba. Esas órdenes limitaban el vuelo de los jets de las seis a las siete de la mañana. Ahora bien, ni el almirante Burke, ni los mandos de operaciones del Essex tomaron en cuenta que entre Nicaragua y Cuba había una hora de diferencia, y que, por tanto, a las seis de la mañana en Bahía de Cochinos serían las cinco de la mañana en Puerto Cabezas. Ese olvido se tradujo en el fracaso del esfuerzo final, pues cuando llegaron a la altura de Playa Girón, los aviadores de los B-26, todos norteamericanos debido a que los pilotos cubanos estaban exhaustos tras varios días de vuelos, ya eran allí un poco más de las siete de la mañana y los jets de la marina de guerra de los Estados Unidos estaban recogiendo en las pistas del Essex.

### *Nueva etapa histórica para el Caribe*

Ese día caían en manos de las fuerzas cubanas los últimos grupos de expedicionarios. La batalla de Cuba había terminado, y con su final comenzaba en el Caribe una nueva época histórica. La vieja frontera imperial, que había quedado rota para los imperios europeos en el siglo XIX y había sido reconstruida por los Estados Unidos en el siglo XX, quedaba deshecha definitivamente en Cuba el 19 de abril de 1961.

Con la nueva época se iniciaba una etapa de luchas más duras, más desenfrenadas. Pero la Historia enseñaba que todo lo que había sucedido en un país del Caribe tendería a suceder más tarde o más temprano en los demás, y que cada acontecimiento importante estaba encadenado a uno anterior. Pues aunque en esa hermosa, rica y apasionante región del mundo hubiera pueblos que hablaban español, inglés, francés, holandés; aunque en unos predominaran los negros y los mestizos de blancos y negros y en otros los blancos y los mestizos de blancos y de indios, lo cierto y verdadero era, —y seguirá siendo por largo tiempo— que el Caribe es una unidad histórica desde que llegó a sus aguas

Cristóbal Colón hasta que Fidel Castro dijo, el día 19 de abril de 1961, en su cuarto comunicado de guerra:

“Fuerzas del ejército rebelde y de las milicias nacionales revolucionarias tomaron por asalto las últimas posiciones que las fuerzas... invasoras habían ocupado en el territorio nacional. Playa Girón, que fue el último punto de los mercenarios, cayó a las 5:30 de la tarde”.